



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Morales Campos, Estela Mercedes
Presencia de instituciones culturales francesas e inglesas en los servicios de información mexicanos
durante la primera mitad del siglo XX
Contribuciones desde Coatepec, núm. 12, enero-junio, 2007, pp. 107-121
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28101206>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Presencia de instituciones culturales francesas e inglesas en los servicios de información mexicanos durante la primera mitad del siglo xx

Presence of English and French cultural institutions on the Mexican informative services during the first middle part of the xx century

ESTELA MERCEDES MORALES CAMPOS¹

Resumen. Al encontrarse México frente a fuentes documentales que no siempre respondían a las expectativas de los intelectuales, ni a las de la población en general, las primeras décadas del siglo anterior se caracterizaron por una fuerte dependencia informativa proveniente de la cultura europea y norteamericana.

Se estudia la presencia informativa de Francia y Reino Unido en México, a partir de entidades culturales de primer nivel: por parte de Francia, la Alianza Francesa y el Instituto Francés de América Latina; por parte del Reino Unido de la Gran Bretaña, el Consejo Británico. Se refieren las actividades y objetivos de cada una de esas instituciones y su presencia en la cultura mexicana de la primera mitad del siglo xx y, por otra parte, su función como proveedores de la información que han requerido los mexicanos.

Palabras clave: infodiversidad, servicios de información, comunicación, globalización.

Abstract. At some moment when Mexico was in front of documental souces that always did not answer neither the intellectual expectations nor the common population, the first decades from the century before were characterized by strong information dependence from European and North-American culture. It is studied the informative presence of France and the United Kingdom in Mexico toward the most important level entities, France by means of the French Alliance

¹ Profesora-investigadora en la Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: moce@servidor.unam.mx.

and the French Latinamerican Institute, and by the United Kingdom with the British Council. It is referred activities and purpose from each one of these institutions and their presence during the first part of the XX century into the Mexican culture, and on the other side, their functions as information suppliers to the Mexican requirements.

Keywords: cultural institutions, information services, european culture, suppliers, requirements, purpose.

Dos acontecimientos marcaron la llegada del siglo xx en México: el fin del gobierno de Porfirio Díaz y el surgimiento de la Revolución mexicana; con señaladas diferencias ideológicas, políticas y administrativas, van a entrelazarse en rutas culturales construidas a veces por los mismos hombres y en ocasiones con el apoyo brindado por unos u otros, para crear, modificar, destruir o reconstruir. Como en todo hecho cultural, se podrán encontrar relaciones, causas y efectos entre los sucesos registrados en el ocaso de un periodo y el inicio de otro.

Según Carlos Monsiváis, los intelectuales del porfirismo veían en la cultura occidental la fuente y la razón de ser de su legitimidad; en ese sentido, algunos rasgos de la cultura porfiriana pueden ser su fe en la educación y su imitación de la cultura francesa o inglesa como requisito para sobrevivir y asimilar la época moderna, además de la búsqueda de la identidad nacional para borrar el estigma del colonialismo.

En la fase revolucionaria se percibe una adaptabilidad y flexibilidad a las circunstancias, pero con una consigna monolítica y con la aceptación de un mecenazgo simultáneo de corrientes opuestas (Monsiváis, 1988: 1379-1381). El Estado declara una actitud nacionalista que implica un deseo de reconocimiento de la cultura de la Revolución o de sus programas culturales.

No hay necesariamente un rechazo a la cultura de países con mayor desarrollo, sino que se despliega una búsqueda y valoración de las raíces, los héroes nacionales, el pasado prehispánico, los perfiles propios, lo cual conduce a un sincretismo, a un equilibrio que se produce con la convivencia y la conciliación de corrientes opuestas, de lo nuevo y lo anterior.

La educación se vuelve un eje importantísimo que dirige sus programas a la gran población; se busca y se privilegia una ideología educativa, una historia y un patrocinio oficial del arte y otras expresiones culturales (Monsiváis, 1988: 1381-1385). Surge una gran preocupación por la enseñanza en los dos momentos, quizá con enfoques diferentes y con programas dirigidos con más intensidad a núcleos poblacionales diferentes, pero en ambos casos buena parte de la cultura y del conocimiento en general se transmitían y se obtenían a través de expresiones escritas y de medios impresos. Si los jóvenes salían a educarse a Europa o a Estados

Unidos, o lo hacían en el propio país, en términos generales estudiaban en libros o autores extranjeros (Blanco, 1977: 22-30 y 44-52; Krauze, 1976: 46-66 y 74-95).

Muchas de las acciones culturales emprendidas en el país tenían que buscar un apoyo bibliográfico, tanto para diseñar los correspondientes programas como para llevarlos a cabo; a principios de siglo, la riqueza bibliográfica de nuestro país no se encontraba muy organizada ni respondía a las expectativas de la sociedad intelectual ni a las de los grupos de influencia, tanto en el contexto cultural del porfirismo como en el frenesí de los programas revolucionarios.

La carencia de materiales bibliográficos (tanto locales como de la industria editorial internacional) y la influencia de una generación que había tenido como modelo casi único la cultura europea —donde destacaba la de Francia, Gran Bretaña y España— y, posteriormente, la estadounidense, que conservaba rasgos europeos mezclados con modalidades propias referentes a funcionalidad y eficiencia (Garza, 1926: 103), propiciaron en las primeras décadas una dependencia informativa de México respecto de las grandes metrópolis, las cuales contaban con una fuerte industria editorial y con centros bibliotecarios de gran importancia, además de una gran tradición como proveedores de información y como intermediarios en los procesos de adquisición de conocimiento (centros culturales de gran riqueza), y una reconocida influencia cultural en sus comunidades y aun fuera de ellas: en sus colonias políticas y en sus dominios económicos, sobre sus colonos y sobre sus amigos y clientes.

Instituciones culturales de información a principios de siglo xx

Para México, los grandes centros proveedores de información fueron precisamente Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Los dos últimos, con una gran tradición de países que contaban con colonias en diferentes continentes.

En este artículo se considerarán los centros documentales de estatura nacional, aunque definitivamente no fueron los únicos que atrajeron la atención de los mexicanos, ávidos de información y materiales de lectura; también es objeto de nuestro interés, la influencia de estos países a partir de los lazos amistosos y culturales que propiciaron hacia Latinoamérica, por medio de entidades *in situ* que han incluido servicios de información a través de bibliotecas patrocinadas por sus gobiernos.

Tanto los centros de información norteamericanos y europeos como las sucursales que estos gobiernos establecieron en nuestro país contaron con el respeto

y el reconocimiento de la sociedad mexicana; estas instituciones —consideradas centros culturales de autoenseñanza, a los que se acudía o a los que se solicitaban materiales o información en busca de un saber o un alimento juzgado vital para el espíritu o para desempeñar un papel preponderante en determinado grupo social, por amplio o reducido que fuera— constituyeron lugares donde abrevaron de manera directa o indirecta muchos de los intelectuales de la época y de los hombres que fueron piezas clave en el despertar del periodo revolucionario (Bataillon y Giraud, 1986; Donalson, 1984).

La inversión que los dos países referidos han hecho para difundir directa e indirectamente su cultura mediante sus servicios bibliotecarios y de información ha sido redituable no únicamente en el orden de las relaciones culturales, sino en el de las alianzas políticas y los contratos comerciales. A través de sus bibliotecas, de sus libros, de la información que producen, hemos conocido a estos países, los hemos admirado y hemos preferido sus productos culturales, científicos y tecnológicos.

Tales alianzas y convenios también se manifestaron en la producción de libros y otros impresos, que se perfeccionaron en este periodo. Los beneficios, tanto económicos como los relativos a asesorías técnicas y profesionales, repercutieron en las diferentes etapas del proceso editorial, beneficiando al autor y al lector; en efecto, se empezó a ver de manera muy diferenciada, por un lado, tanto al autor, al impresor, al librero y al bibliotecario, como al comprador, al exportador y al lector; y, por otro, las características de la imprenta, la librería y la biblioteca, así como el ejemplar único y a las múltiples copias.

Coincidentemente, estos países —Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos— efectuaron una distribución económica de las zonas proveedoras de materias primas; Gran Bretaña y Francia demostraron siempre intereses altamente competitivos y buscaron, ante el mundo, constituer la mejor opción, ofrecer la mejor calidad y ser el país más eficiente (Fohlen y Bédarida, 1965: 9-90).

La imprenta contribuyó con su parte en el desarrollo de la Revolución Industrial, pues produjo muchas copias de grandes piezas que se distribuyeron en todo el mundo y recogió información y conocimientos generados en la época en todos los continentes. Las élites y los pueblos coleccionaron las obras creadas mediante la imprenta; sin embargo, los grandes Estados pusieron especial interés en conformar colecciones que incluyeran lo mejor de la producción mundial.

Cada potencia aprovechó y ofreció su cultura y la información que poseía sobre la ciencia y la tecnología disponibles, además de crear sus centros nacionales de acumulación del conocimiento que, a su vez, le permitían tener en su propio

ámbito una visión universal de la cultura, las artes, la ciencia y la técnica de la época. Los países que dominaron el mundo a través de la conquista y la ocupación territorial trataron de llevar el pensamiento del orbe a su país mediante su registro en libros y otras manifestaciones del conocimiento y el arte. Sus grandes bibliotecas reunieron el conocimiento enciclopédico requerido por sus sociedades (Caleca, 1985; Gaya, 1968).

Francia

Francia, durante el siglo XIX y gran parte del XX, despertó una especial atracción en las naciones de América Latina, centrada principalmente en la cultura de ese país y reforzada por las conquistas democráticas logradas a partir de la Revolución francesa. Los gobiernos republicanos surgidos de ella, apoyados por los intelectuales, confiaron en que la educación de las clases bajas sería el medio para impulsar al país y hacer perdurar sus logros, pues el descuido de la educación popular y la falta de instrucción de las masas, resabios del imperio, se consideraban la causa principal de los problemas sociales, económicos y políticos nacionales. Así se decidió emplear la lectura como el recurso primordial de un gran movimiento de educación popular: la revolución política promovió la lectura pública del ciudadano, el cual tendría que ser lector.

La lectura se concibió como un medio que ayudaría a desarrollar las facultades de las clases inferiores y, al mismo tiempo, se convirtió en un factor de condicionamiento de la clase obrera, pues ésta era manipulada mediante la selección de las lecturas, en las cuales se reflejaba una intención, consciente o inconsciente, de aculturar y moralizar. La alfabetización, la lectura y el aprendizaje provocaron cambios sociales en el estatus de la población y favorecieron una práctica social de la lectura, con su propia carga ideológica y cultural derivada de la filosofía del Siglo de las Luces. La enorme difusión de tal práctica se basó en las nuevas formas de impresión, producto del auge y perfeccionamiento de la imprenta: volantes, hojas sueltas, panfletos, folletos, periódicos y, por supuesto, libros (Promodis, 1991, III: IX-XII y 517-579).

Durante el siglo XIX, los países europeos se habían enfrentado a sus revueltas políticas, así como a la Revolución Industrial y a la gran transformación que representaba la imprenta como medio transmisor de ideas e información en una escala nunca antes vista; sin embargo, en América Latina, las estructuras sociales no relacionadas con la lectura y el libro estaban poco preparadas para el acceso abierto, generalizado y popular a él, y debieron sufrir importantes cam-

bios para garantizarlo, en particular en el caso de los habitantes de las colonias. En México, por ejemplo, durante el periodo colonial, la práctica de la comunicación impresa (tipográfica, editorial, bibliotecaria y, por supuesto, la relativa a la lectura) pasó del monopolio ejercido por los misioneros religiosos a otras formas de cultura impresa en la que, paulatinamente, comenzaron a participar grupos criollos y mestizos (los indígenas seguían siendo marginados) (Ramírez, 2000: 121-122). Ya en el siglo XIX, fuera en la capital del país o en ciudades del interior como Guadalajara, Puebla, Oaxaca o Mérida, se organizaban tertulias de lectores con las generosas remesas de libros procedentes de España y Francia: novelas, libros de texto, manuales técnicos, periódicos, etcétera; sin embargo, esa abundancia de obras seguía contrastando con la escasa práctica de la lectura, pues la mayoría de la población seguía siendo analfabeta en siglo XIX (Staples, 1988: 94-95). El ejercicio de la lectura abierta y generalizada, en efecto, tuvo que sortear, en toda América Latina, un escenario dominado por el elitismo y la jerarquización de quienes detentaban el poder de la escritura y la lectura, desde la Colonia hasta la segunda mitad del siglo XX (Rama, 1984).

La influencia de la cultura francesa en el mundo tuvo —y tiene— el respaldo de la información impresa, producto de su pensamiento. Los centros culturales de Francia en el exterior, conscientes de que tal aspecto era la llave mágica de la política y la economía francesas, se basaron en su riqueza bibliográfica para diseñar una política cultural, ya fuera a través de la oferta directa de la producción editorial, o bien de los servicios ofrecidos por sus bibliotecas. Por supuesto, en esa tarea, la Biblioteca Nacional tuvo un lugar destacado.

A partir de la experiencia registrada en su territorio y de haber probado que la lectura es un factor que comunica a los pueblos, fortalece la cultura nacional e impulsa la cultura regional, Francia buscó la comunicación y el intercambio con los pueblos de sus colonias y otros afines, como los de América Latina. Por esta razón, consideró primero sus enclaves africanos y asiáticos para establecer ahí sólidos proyectos culturales indirectamente basados en la lectura y el libro. Así, Marruecos, Túnez y Argelia (en África del Norte), Senegal y Malí (en África Occidental), más la Indochina Francesa (hoy, Cambodia, Vietnam y Laos), fueron considerados en los planes de desarrollo cultural francés. En ellos se incorporó algo de la cultura local y se trató de aplicar una política de asimilación para formar una cultura nacional con la lectura de libros extranjeros, principalmente los franceses, y la escasa producción local para la enseñanza de la lengua materna (Promodis, 1991, IV: 105-112).

El interés por las colonias no disminuyó la atención que despertaban otras regiones, como América Latina; primero en el aspecto económico y en segundo lugar en el ámbito cultural. En la búsqueda de espacios en esta región, se establecieron misiones culturales que irradiaron un especial magnetismo por las diferentes manifestaciones de la cultura francesa, y surgió una gran demanda de los propios productos culturales, convenios comerciales, alianzas y presiones políticas, así como viajes de grupos sociales e intelectuales a París.

Entre las empresas culturales que emprendió Francia en América Latina se cuentan la denominada Alianza Francesa y el Instituto Francés de América Latina (IFAL), el cual en algunas ocasiones funcionó de manera independiente de la embajada y otras como parte de los programas culturales de ella.

La Alianza Francesa

Desde su creación en París, en 1880, la Alianza se perfiló como una asociación nacional encargada de propagar la lengua francesa en las colonias y en el extranjero, obra considerada una actividad patriótica. Los miembros de la Alianza, franceses y amantes de la cultura francesa, tuvieron una acción militante y combativa en momentos difíciles de la historia, pero con un arma pacífica: la lengua francesa.

La labor de la Alianza fue reconocida desde un principio, aun por las potencias mundiales que competían con Francia; sir Charles Mendl, agregado de prensa de la embajada británica en París, informó en 1933 que la Alianza Francesa era uno de los instrumentos de propaganda cultural más poderosos, mejor organizados y más extendidos de Francia (Donaldson, 1984: 3).

La Alianza promovía la enseñanza de la lengua de aquel país mediante grupos de maestros de Francia y amigos de su cultura de muchas partes del mundo, quienes llevaban a cabo programas escolares de cursos de lengua y cultura, con ayuda de bibliotecas que ofrecían los productos de la rica actividad de las prensas francesas y que se promovían por medio de conferencias, conciertos y exhibiciones de arte, literatura, filosofía y otras actividades más.

El interés de Francia por América Latina siempre se manifestó en los programas de la Alianza y pronto se formaron delegaciones suyas en América Central, en las Antillas y en América del Sur. La Alianza se estableció en México en 1884, ante el gran entusiasmo de la sociedad mexicana, que le brindó su apoyo, y con la simpatía del gobierno de Porfirio Díaz. Las relaciones México-Francia se estrecharon y se incrementaron los cursos, las sedes de la labor pedagógica, el intercambio de alumnos, la distribución de publicaciones y la organización de

actos culturales, y toda esta infraestructura permitió que en 1917 se iniciaran los trabajos del Liceo Francés (Sierra, 1948: 251-257; Núñez, 1945: 220-225; AFM, 1994: 3-40; FAM, 1995).

La biblioteca

La labor cultural e informativa de la Alianza siempre recibió el apoyo de su biblioteca que, al igual que la de los otros centros de cultura francesa como el Liceo y el IFAL, difundió y promovió todo tipo de publicaciones de la industria editorial de Francia, y se enriqueció con el contacto de las diversas manifestaciones culturales y tradiciones propias de nuestro país que se describieron en libros y revistas.

Con el apoyo de los franceses radicados en México, se consolidó la actividad de la biblioteca, que en 1917 abrió un salón de lectura a todo el público interesado en la lengua y cultura francesas, para fomentar el conocimiento de ellas y el amor a la metrópoli, a través de periódicos, revistas y libros sobre literatura, política, artes y ciencias.

De acuerdo con los registros, de noviembre de 1918 a enero de 1919, cada día acudieron al salón de lectura 300 visitantes y 60 recurrieron a los servicios de biblioteca (AFM, 1994: 225).

La defensa de la cultura latina se realizó de un modo bastante organizado, en momentos de posguerra, y en clara oposición a la política germana; en ocasiones, sirvió además como factor de cohesión entre la colonia francesa y los intereses comerciales e industriales de la metrópoli y sus clientes.

El Instituto Francés de América Latina (IFAL)

Las relaciones México-Francia cruzan varios capítulos de nuestra historia en el siglo XIX, las cuales alcanzaron un alto grado de desarrollo durante el gobierno de Porfirio Díaz. Ya en la primera mitad del siglo XX, hubo muchos intentos que pueden considerarse antecedentes del IFAL: en 1943, destacaron las actividades realizadas por el Instituto México-Europa, el Instituto Francia-México y el Comité para las Relaciones Culturales México-Europa (Bataillon y Giraud, 1986; IFAL, 1945: 1-2; IFAL, 1946: 143-146; Printemps, 1948).

En diciembre de 1944 se inauguró oficialmente el IFAL en la ciudad de México, como un servicio cultural de la embajada de Francia. Su actividad cultural fue muy rica y variada desde sus inicios, con acciones que iban de lo informal y casual hasta lo oficial —como puede ser el otorgamiento de un grado académico—:

conferencias, conciertos, exposiciones, teatro, cineclub, excursiones arqueológicas y una variada gama de cursos: de francés, universitarios y de la Sorbona. Temáticamente destacaron las humanidades y las ciencias sociales, pues fueron numerosos los cursos de historia, sociología, literatura, artes, ideología, música, feminismo y economía. Los aspectos científicos y tecnológicos fueron abordados muy al principio por el IFAL, pero debido a la importancia que representaban tanto para Francia como para México se creó otro establecimiento que se responsabilizaría de ellos.

Estas actividades se enriquecieron con las Misiones Culturales Francesas, que trabajaron en México en el marco de un rico intercambio universitario y un amplio programa de becas que permitió a muchos mexicanos estudiar en Francia y formarse intelectualmente con pensadores y creadores de ese país. Además de todas estas actividades, desde muy temprana fecha el IFAL ofreció a los mexicanos los servicios de información de su biblioteca.

La biblioteca

En un principio, ésta proveía una variedad de productos bibliográficos franceses para todos los intereses y todas las edades; después de la creación del Centro Científico y Técnico de la embajada, la orientación literaria de la biblioteca se reafirmó y amplió: se puso en funcionamiento una “consultoría” sobre la lectura para promover de manera indirecta la cultura francesa y sus productos (IFAL, 1946: 151).

A la biblioteca acudieron los diletantes aficionados al sabor francés, más los interesados en lo académico, concretamente en los cursos cortos o universitarios, dictados por destacados especialistas franceses, promovidos por la embajada y a veces asignados a instituciones de educación superior como la Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México.

Los intelectuales mexicanos siempre vieron los servicios culturales de la embajada francesa, del IFAL y de su biblioteca como una nueva conquista cultural, pues ofrecían un espacio de investigación y de difusión de las ideas, además de respaldar a los partidarios de la democracia ante una Europa golpeada por el totalitarismo. Muchos mexicanos vieron a Francia y a Europa como una alternativa frente a sistemas dominantes que llegaron a ejercer considerable influencia en la cultura nacional.

Recordemos que, en los primeros años de la Revolución, México requería de cuadros necesarios para su desarrollo y, en consecuencia, se buscaron alternativas en países que históricamente ya tenían un lugar en la cultura universal y

presencia en México. Ese interés hacia otros países se manifestó de maneras diversas, por ejemplo, enviando profesionales mexicanos a lugares como Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, donde recibieron la asesoría y la formación correspondientes. Con ello, se forjaron lazos profundos y duraderos a partir de hechos no impuestos, sino de elección libre, como lo eran la lectura y la promoción de piezas literarias contenidas en una biblioteca, no en una agencia publicitaria o ideológica. Así, Francia, siempre orgullosa de su cultura, se encontró en América Latina con un territorio receptivo a otras influencias de origen europeo.

El Reino Unido de la Gran Bretaña

La letra impresa, registro del pensamiento y el conocimiento, adquirió un valor enorme que animó, tanto a los individuos como a los países, a atesorar las primeras producciones bibliográficas que, a menudo, eran consideradas “joyas bibliográficas” por la belleza y el arte con que muchos artesanos y artistas creaban estas piezas de los siglos iniciales de la imprenta.

El Imperio Británico también atesoró la riqueza impresa y, como todo gran dominio, recopiló y resguardó su propia producción y la que provenía de sus colonias; además, obtenía obras valiosas y en ocasiones ejemplares únicos de países con los que mantenía relaciones comerciales.

No obstante la diferente sensibilidad de franceses e ingleses, unos y otros valoraron en su justa dimensión la utilidad de la imprenta y sus productos, así como la tarea de recopilar y resguardar libros, revistas y otros impresos. Por ello, realizaron tales actividades tanto en los espacios de la monarquía como en los privados, que en un momento determinado se abrieron para consulta de los interesados en la información contenida en obras que formaban parte de las bibliotecas reales y las de la aristocracia (cabe referir que el gran público no se benefició de esta consulta hasta el siglo XIX, con la aparición de las primeras bibliotecas públicas en su actual concepción).

El Consejo Británico

Ya en el siglo XX, los diplomáticos británicos, en sus relaciones con otros países, reconocieron las bondades y la fuerza de la propaganda cultural de una organización que los ponía en desventaja en la competencia no oficial, pero sí real, que se tenía con otro de los grandes países a principio de siglo: Francia —a través de la Alianza Francesa y el IFAL—, con una esfera de influencia muy amplia en América Latina, Asia y África. Los franceses, al igual que los británicos, habían penetrado a esos

tres continentes, aunque por vías diferentes, quizás más sutiles, pues los resultados diplomáticos y sociales fueron distintos, ya que, después del empleo de la fuerza, se relacionaron con la cara más amable del país: la cultura, a partir de la lengua, la música, el teatro y la pintura; se trataba, sin embargo, de una estrategia suave y agradable, que de todas maneras buscaba culminar con los fríos convenios comerciales y políticos, ya sea con países de culturas distantes o con otros que compartían ciertas raíces latinas.

El enfrentamiento de puntos de vista entre el reino Unido y Francia en busca de un objetivo común (la penetración en la vida cultural, económica y política de un determinado país) se puede ilustrar con la siguiente frase: “En Egipto, Inglaterra tenía un ejército; Francia, una idea. Inglaterra tenía el control educativo; Francia, una filosofía educativa muy clara; y la pluma francesa había probado una mayor eficacia que la espada inglesa” (Donaldson, 1984: 3). Estas reflexiones son una muestra de las razones que impulsaron al pionero British Committee for Relations with other Countries a crear el Consejo que en 1936 oficializó el nombre de The British Council (Donaldson, 1984: 1).

En América Latina, la simpatía por la Gran Bretaña no surgió tan fácilmente como por los franceses, quizá por la afinidad latina con éstos, quizá por las claras y directas ambiciones comerciales de aquélla; sin embargo, siguiendo la idea de propaganda cultural de los franceses, The British Council aceptó diseñar una política cultural en el extranjero a partir de un programa educativo, especialmente diseñado para difundir el conocimiento de la lengua inglesa, las artes, la ciencia y la tecnología británicas, así como para dar a conocer la forma de vida y la sensibilidad de los súbditos del reino, todo en beneficio de la política y economía de este último.

Así, El Consejo promovió la presentación de compañías de teatro y de música, exposiciones y presentaciones de artistas, intercambios entre especialistas de la Gran Bretaña y de los países que despertaban su interés, tanto en África y Asia como en América Latina, y visitas de nativos de ellos a compañías británicas para entrenarse y conocer productos industriales.

Los vínculos con el Cono Sur, en especial con Argentina, prosperaron notablemente, aunque en México se entablaron fructíferas relaciones comerciales y económicas desde 1783. Los campos en que la propaganda e influencia culturales desembocaron en grandes acontecimientos comerciales fueron los ferrocarriles, las presas, las carreteras, la transportación con motor, la herramienta agrícola, la energía eléctrica y otras tecnologías, pues si bien se aceptaba de modo discreto a las universidades inglesas, el reconocimiento de la supremacía británica en la tecnología y la industria era bastante categórico.

Para la Gran Bretaña, América Latina revestía vital importancia como proveedor de alimentos y petróleo, por lo que los programas culturales debían sensibilizar el espíritu latino de la región en pro del éxito industrial sajón. Cuando estableció contacto con la cultura local, El Consejo Británico reconoció el valor del desarrollo cultural colateral a la lengua inglesa y sus delegaciones establecieron lazos amistosos para difundir las obras bibliográficas que expresaban la sensibilidad y los valores de progreso, trabajo, disciplina y puntualidad.

El Consejo Británico, fundado en 1934, se estableció en México en 1943, con la simpatía del general Manuel Ávila Camacho, en aquel entonces presidente de la República, con el objeto de proyectar la imagen del Reino Unido y promover las ideas, experiencias y talentos británicos en las esferas de la enseñanza, la formación profesional, los libros y las publicaciones periódicas, el idioma inglés, las letras, las artes, las ciencias y la tecnología, poniendo especial cuidado en dar a conocer el estilo de vida y la manera de pensar de los británicos, con el fin de propiciar intercambios de ideas con otros pueblos.

Para aplicar mejor su política cultural con las sociedades locales, El Consejo emprendió la creación de institutos donde concentró la actividad docente y promovió la industria editorial y los servicios bibliotecarios y de información. En México formó el Instituto Anglo-Mexicano de Cultura, al que apoyó y resguardó, pero en cuya administración participaron, en partes iguales, distinguidos británicos y mexicanos (Donalson, 1984: 103-111; ECB, 1987: 7-8; IAM, 1986: 5). El Consejo ha dedicado especial interés a sus bibliotecas y centros de información para facilitar la información histórica y actual que sobre el Reino Unido se requiera, así como también difundir la producción editorial británica.

La biblioteca

El Consejo Británico estableció en México una biblioteca circulante en 1944, con una colección que se ha ido enriqueciendo considerablemente para ofrecer, por medio de la industria editorial y recursos electrónicos, libros, revistas y otros medios portadores de información; en suma, productos del pensamiento y el conocimiento ingleses. Uno de los objetivos de los servicios bibliotecarios y de información de El Consejo Británico consistió en estimular entre los mexicanos la lectura de libros del Reino Unido y, a partir de ella, motivar y apoyar la transmisión del conocimiento y la tecnología británicas demandadas por los ciudadanos locales. Esta biblioteca, como todas las establecidas en otros países, mantiene una estrecha relación con la Biblioteca Nacional Británica y adopta los procedimientos de control y difusión de la información que ella ha ideado, como

los catálogos temáticos y la bibliografía nacional, además de las publicaciones propias del Consejo, como el *British Book News*, puesto que una de sus funciones más importantes consiste en promover la producción editorial británica, mediante dos programas permanentes: el de donación de libros y el de libros baratos.

Posteriormente, los servicios de esta biblioteca se enriquecieron gracias a la creación de sedes en diversos puntos geográficos y a la gran variedad de sus colecciones diseñadas en diferentes formatos: impreso, audiovisual y electrónico, así como a las muy diversas funciones que cumple, expresadas en su actual nombre: Biblioteca Anglomexicana y Centro de Información y Recursos (IAM, 1986: 4, 10-11, 34-37).

Cabe precisar que, a principios de siglo, El Consejo Británico no se había instalado en México, pero que las relaciones entre éste y el Reino Unido se desenvolvían en varios ámbitos: el diplomático, el económico, el comercial y cultural, y la oferta y la demanda de información encontraba sus cauces para satisfacerse: los libros, revistas y otros impresos británicos llegaban a México y los mexicanos visitaban Londres (el Museo Británico y la hoy Biblioteca Nacional), muchas veces por vías privadas y no oficiales (Gibbs, 1983: 44).

Conclusiones

Francia y Gran Bretaña han trabajado de manera constante e insistente para abrir caminos y penetrar en los ambientes culturales de México, con esfuerzos dispersos en el siglo XIX y luego más sistemáticos y planeados dentro de una política estratégica practicada a partir del siglo XX, en la que destacó como una inversión más profunda y permanente la información transmitida mediante los libros y los servicios bibliotecarios ofrecidos desde las metrópolis, desde sus fronteras geográficas o en extensiones de su estilo de vida en los países de interés estratégico (como el caso de México y otras naciones latinoamericanas).

Esos dos países tuvieron influencia en México y perfilaron sendos modelos que también se manifestaron en distintos momentos históricos, con sus respectivas intenciones específicas, valores y enfoques. Francia fue más estadista, pues ella destacó el papel de la cultura en su sociedad y en sus estrategias de gobierno; el Reino Unido fue más empresarial, pues constituyó el primer modelo surgido con la Revolución Industrial. Sin embargo, los dos modelos se basaron en la información que ellos mismos determinaban: la que requerían y procesaban, y que, a través de instituciones, universitarios, viajeros, becarios, editoriales y bibliotecas, hicieron llegar al mundo, un mundo que, de acuerdo con su concepción de poder, les pertenecía.

Francia, desde París, el Reino Unido desde Londres y ambos desde sus agencias culturales de ultramar, fueron Centros metropolitanos de primer orden que proveyeron información a muchas generaciones de mexicanos, bien desde sus bibliotecas, bien desde su producción bibliográfica; inicialmente, beneficiando las clases social y económicamente privilegiadas, posteriormente a los intelectuales favorecidos por la educación y su sistema de apoyos colaterales.

En América Latina no hubo una revolución industrial y apenas se recibieron parcialmente sus beneficios. La región se convirtió en proveedora de materias primas y en compradora de manufacturas; con una infraestructura de países colonizados por España, que empiezan a vivir su independencia en el siglo XIX, América Latina resulta en extremo receptiva al pensamiento francés e inglés —a través de libros, editoriales, bibliotecas y viajeros— que representan el éxito, el desarrollo, el progreso.

Bibliografía

- AFM (Alianza Francesa de México) (1994), “Alliance Française de Mexique, 110^{ème} Anniversaire. 1884-1994”, *Le Magazine* [publ. especial], nueva época, 9 (83), nov.-dic.
- Ashton, T. S. (1948), *La revolución industrial: 1760-1830*. México, Fondo de Cultura Económica, (Breviarios, 25), [reimp.1979].
- Bataillon, Françoise y Françoise Giraud (1986), IFAL, 1945-1985; *Histoire de l'Institut Française d'Amérique Latine*, México, IFAL.
- BNF (Bibliothèque Nationale de France) (1995), *Bibliographic products*, París, Direction du Développement Scientifique et des Réseaux Bibliographique Nationale Française.
- Blanco, José Joaquín (1977), *Se llamaba Vasconcelos: una evocación crítica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BL (The British Library) (1977), *The British Library, Introducing*, Londres, The British Library.
- Bromley, David W. y Angela M. Allott (eds.) (1988), *British Librarianship and Information Work, 1981-1985*, Londres, The Library Association, 2 vols.
- Caleca, Antonio (1985), *Museo Británico*, Barcelona, Argos Vergara.
- Donaldson, Frances (1984), *The British Council; the First Fifty Years*, Londres, Jonathan Cape.
- ECB (El Consejo Británico) (1987), “B.C.-Reference Services, Central Office of Information”, Londres, El Consejo Británico.
- (s.a.), *El Centro de Documentación de la Biblioteca Británica (BLDSC)*, México, Centro de Información.
- Fohlen, Claude y François Bédarida (1965), “La era de las revoluciones, 1760-1914”, en Louis Henri Parias (coord.), *Historia general del trabajo*, México, Grijalbo, vol. III, p. 9-90.
- Garza, Emeterio de la (1926), *Los Estados Latinos de América y los Estados Unidos de América*, México, La Enseñanza Objetiva.
- Gaya Nuño, Antonio (1968), *Museo del Louvre*, Madrid, Aguilar.
- Gibbs, Robert (1983), *Dos siglos de cooperación México-Gran Bretaña*, México, Cámara de Comercio Británica.
- IAM (Instituto Anglo-Mexicano de Cultura) (1986), *Instituto Anglo-Mexicano de Cultura A.C. 1944-1984: una breve historia*, México, IAM, 1986.
- IFAL (Instituto Francés de América Latina) (1945), “Homenaje a Francia”, *La Revue de l'IFAL*, 1 (1), junio, p. 1-2.

- IFAL (Instituto Francés de América Latina) (1946), "Anniversaire de l'Institut Française d'Amérique Latine", *La Revue de l'IFAL*, [México], 2(4) 31, marzo, p.143-156.
- Kelly, Thomas (1977), *A History of Public Libraries in Great Britain 1845-1975*, Londres, The Library Association.
- Krauze, Enrique (1976), *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI.
- Monsiváis, Carlos (1988), "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia general de México*, vol. II, México, El Colegio de México-Harla.
- Núñez y Domínguez, José de J. (1945), "La independencia de las naciones latinoamericanas en relación con la Revolución francesa", *La Revue de l'IFAL*, [México], 1(2), 30 septiembre, p. 220-225.
- Promodis (1991), *Histoire des bibliothèques françaises; les bibliothèques de la Revolution et du XIXe siècle, 1789-1914*, París, Promodis, vols. III y IV.
- Printemps (1948), "Publicidad de libros y cursos de francés", *Tierras Latinas-Terres Latines*, Printemps, [s.p.].
- Rama. Ángel (1984), *La ciudad letrada*, Hanover, Del Norte.
- Ramírez Leyva, Elsa M. (2000), *El libro y la lectura en el proceso de occidentalización de México*, México, UNAM/CUIB.
- Sierra, Justo (1948), "Francia en México", en *Obras completas del maestro Justo Sierra*. Discursos, vol. V, México, UNAM, p. 251-257.
- Silva, José (1945), "Consideraciones sobre la economía de la América Latina en la postguerra", *La Revue de l'IFAL*, [México], 1(2), 30 de septiembre, p. 204-208.
- Staples, Anne (1988), "La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente", en *Historia de la lectura en México* [Seminario de Historia de la Educación en México], México, El Colegio de México.
- FAM (Federación de Alianzas de México) (1995), "Entrevista con María Teresa Cuevas", Federación de Alianzas de México, 18 de octubre.
- "Une très grande bibliothèque", *American Libraries*, 20 (5), may, 1989, p.396-399.

Recibido: 31 de agosto de 2006

Aprobado: 19 de febrero de 2007

Estela Mercedes Morales Campos es Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y actualmente realiza la investigación "Infodiversidad y globalización". Entre sus publicaciones recientes se encuentran: *América Latina en las editoriales mexicanas* (UNAM, 2000), *La diversidad informativa latinoamericana en México* (UNAM, 2001) e *Infodiversidad, globalización y derecho a la información* (Sociedad de Investigaciones Bibliotecológicas, Buenos Aires, 2003). Su principal línea de investigación es "multiculturalismo e información".